
RUINAS DE LA ANTIGUA TOLLAN.

—
A MI QUERIDO AMIGO JOSE ROSAS.
—

No obstante la amenidad del sitio que ocupa la villa de Tula, á pesar de los risueños paisajes que la rodean, embarga la tristeza el ánimo del viajero que llega ante sus muros á fin de conocer las reliquias de un pueblo en otro tiempo feliz y poderoso, restos preciosos que, como medallas históricas de la avanzada civilización tolteca, yacen esparcidos en las faldas de las colinas ó cubiertas por el humus de las campiñas. Al recorrer aquellos lugares, que fueron el asiento de la antigua Tollan, no muy distantes de la población moderna, ya sea por la preocupacion del ánimo,

ó porque efectivamente la presencia de aquellos restos den al lugar un aspecto desconsolador, el viajero experimenta un pesar, cierta melancolía mezclada con el ardiente deseo de la investigación; los montecillos de piedra, solitarios, que como puntos de defensa se elevan sobre una extensa colina; los monolitos que representan esbeltas columnas ó estatuas derribadas, y en su mayor parte ocultas por el terreno, y la multitud de piedras encaladas, trozos de obsidiana y figuras de barro regadas por el suelo, todo imprime al lugar un aspecto triste y de desolacion, de tal manera, que parece que todos esos objetos y aun el mismo terreno no reflejan la brillante luz del sol sino pálida y amarillenta.

La moderna Tula, villa y cabecera del distrito de su nombre, en el Estado de Hidalgo, cuya poblacion no llega hoy á mil habitantes, se halla situada á diez y nueve leguas Norte de la ciudad de México, al pié de unos cerros, y bañada por los rios grande y chico de Tula, ciñéndola el primero por el E. y N., y limitándola el segundo por el Poniente. El terreno, por la parte oriental, se extiende formando lomas y colinas que sucesivamente van adquiriendo mayor altura, y se halla circundado por otras eminencias más considerables, tales como el cerro de Jicuco por el N., el cual, visto desde Tula, aparece con su

caprichosa cumbre esférica, sostenida por columnas al parecer de formacion basáltica; al N. E. y E. las montañas de Tlahuelilpan y de Bojaij Grande, sobre cuyas cimas asoman en lontananza los famosos monolitos ú órganos de Actopan, que dan al paisaje una hermosa perspectiva; y por el Sur, la sucesion de cerros que separan el valle de Tula del de Cuautitlan, y sobre los cuales descuella el famoso cerro del Cincoque, al cual yo me atreveria á llamar, además, cerro Humboldt. Encuéntranse otros cerros inmediatos á la poblacion: por el N., el del Tesoro; por el N. O., el de Magoni Grande, y el conocido con el nombre de la *Malinche*; por el S. E., el del *Ocote*; por el S. el del *Calvario*, y por el O. el *Cielito*. Todas estas eminencias se ligan con otras de tal suerte, que parecen interminables.

El rio de Tula, que es el mismo que conocemos con el nombre de Rio del Desagüe de Huehuetoca, corre de Sur á Norte, y casi á orillas de la poblacion, por la parte oriental, se desvia al Poniente para volver poco despues á dirigir su curso al Norte al recibir las aguas del rio chico que descende de las montañas de Dexcani y Xintdeji, situadas al Poniente de la poblacion. Limitado el lecho del rio en su curso hácia el N. por el pié del elevado cerro de Magoni y por el del Tesoro, y sombreado por el hermoso follaje de

los álamos, fresnos y otros árboles que en sus orillas crecen, adquiere un poético aspecto que de tal manera seduce al viajero, que instintivamente continúa su paseo sin desviarse para nada de aquellas márgenes tan pintorescas y amenas.

La población ocupa el espacio del ángulo que en su confluencia forman los ríos grande y chico: el aspecto que presenta en su recinto es desagradable, así por sus casas, que en lo general son de un solo piso, como por el carácter de su almenado templo, que aparece más bien como una fortaleza. Pero estas impresiones desfavorables se tornan en sensaciones gratísimas al observar desde las alturas del templo el panorama de la población, interrumpido por numerosos huertos que antes se escondían á la vista, tras de los muros de las habitaciones: descúbrense, en segundo término, hermosas calzadas, sombreadas por el follaje de los árboles, entre los que llaman la atención por su simétrica forma un fresno corpulento; y por último, la vista puede dilatarse en las hermosas campiñas y eminencias que las limitan.

La iglesia parroquial es de sólida construcción, formando un notable contraste el exterior de ella con su interior. Exteriormente no guarda en su arquitectura orden alguno: la fachada ó frontispicio, que mide 28 metros de altura, es de muy mal gusto, revelando apenas uno que otro detalle,

su carácter religioso. Los muros, así de los costados como el que corresponde á la abside del templo, son más bien propios de edificios fortificados: trece garitas ó bastiones en torno de la bóveda, rematan los contrafuertes de los muros, llenando los espacios entre unas y otras multitud de almenas. El interior es notable por su aseo y por la construcción de la bóveda, que forma con sus arcos combinados primorosas labores de estilo gótico. A la entrada del templo se lee en el muro de la derecha esta inscripción: «La parroquia, bajo la advocación de San José, se concluyó en 1553.»

En Mayo de 1844, Iberri dió á luz una acabada descripción de este templo, en los términos siguientes:

«La villa de Tula, situada á diez y nueve leguas N. E. de México, tiene por iglesia parroquial un templo que fué convento de religiosos de San Francisco, el cual, así como todos los que hay de esta Orden en la República, está construido con la arquitectura propia para servir también de fortaleza; pero ninguno he visto que manifieste tanto como éste el aspecto de un castillo, y en que se haya puesto tal cuidado y prolijidad para cubrir sus flancos con torres y garitas, para doblar las líneas de defensa y para hacerlo de una dureza cuanto cabe en la mampostería. Su largo es de sesenta varas

castellanas, su ancho de quince y su alto de treinta: el espesor de las paredes tiene dos y media varas, el cual es el mismo desde lo alto á abajo de ellas, y por la parte exterior están cubiertas totalmente de un revestimiento de piedra de cantería superior, cortada en cuadrilongos perfectamente labrados y pulidos, que por la base del templo tienen hasta tres cuartas cada pieza, y luego disminuyen de tamaño insensiblemente, de modo que los más altos son de una tercia: las hileras de cal con que están pegados son muy delgadas, y se mantienen casi intactas despues de doscientos ochenta y dos años que llevan de puestas, pues segun dos inscripciones que están en la iglesia, y los informes que me ha dado el señor cura D. José María Ruiz de Velasco, fué empezada el año de 1553 y acabada en el de 1561.

«El interior del templo no tiene cosa notable; pero si se fija la atencion en la pintura de los santos que se hallan en los altares, se deduce que los pintores fueron de buenos conocimientos y ejecucion, segun la regularidad de los trazos y lo bien colocado de las sombras: las dos capillas anexas son obras posteriores al templo, muy inferiores en todo. Del otro lado del grande edificio se hallan los claustros, que hoy están casi arruinados, y lo poco que se mantiene en pié, consta de un pequeño patio rodeado de un portillo bajo y otro

encima de él, sumamente estrechos, y que son como el corazon de un laberinto de celdas, de pasadizos y escaleras, todo tan angosto, tan complicado y tan oscuro, que en muchas partes es necesario ir á tientas.

«El contraste que forma todo esto con la elegancia y suntuosidad del templo, me ha hecho creer que tal estrechez ha sido calculada al intento de la austeridad religiosa, ó de no embarazar los medios de defensa.

«El atrio, en forma de un cuadrado, circunda á todo lo que se ha dicho, y su elevacion es de cinco varas, contando con el muro. Esta obra es, á mi juicio, tan célebre como la iglesia, pues el muro tiene ochocientas varas de largo, y el terraplen artificial sobre que está, no baja de un millon de varas cúbicas; circunstancias todas que dan un mérito extraordinario á este edificio, atendiendo á lo reciente que estaba la conquista cuando fué hecho, á la escasez de operarios españoles que naturalmente habia entónces* y al lujo y minuciosidad de su manufactura.

«Hay en los archivos de esta parroquia porcion de escrituras, de testamentos y de otros papeles, algunos escritos en idioma mexicano, muy cor-

* Olvidó sin duda el Sr. Iberri, que para esta clase de obras se servian los españoles de los mismos indígenas.

rectos segun la opinion de dicho señor cura; de modo que por estos datos y por los que se han referido, los religiosos fundadores fueron hombres de grandes virtudes y conocimientos, propios para dejar á la posteridad las señales del genio macizo, constante y emprendedor que tuvo la España en aquella época.»

Los terrenos de Tula, regados por los rios ántes mencionados y por dos manantiales, de los cuales uno nace en el pueblo de Tepatitlan, y otro de agua salada en las cercanias de la cabecera, son fértiles y producen maíz, trigo y cebada de buena calidad, artículos que rinden cien cargas por una de sembradura.

A la entrada de la hermosa calzada, limitada por hileras de frondosos árboles, y en la cual se encuentran las primeras casas de la poblacion, existe sobre el rio grande un puente de sólida construccion, en cuyo centro se eleva una maciza pilastra que contiene la siguiente inscripcion, que copio con su propia ortografia:

«Reynando en las Españas la catol. maj. del Sr. D. Carlos III (Q. D. G.) y en esta N.^a Esp.^a el Exmo. Sr. B.^o Frey D. Ant.^o Bucarely Birrei de ella y Alcalde Mayor de esta Prov. el cap. D. Franco Martinez Bravo, siendo actualmente cura el Sr. Presb. D. Onofre Gil Barragan á cuyo zelo se deve la fabc.^a de este puente y á la exactitud

de los diputados de este pueblo, dando los materiales el Becindario y el Sr. Conde de Valparaiso, marques del Jaral del Berrio cap. del orden de Santiago del consejo de su mag. en el de hacienda y contador decano jubilado del tribunal y real audiencia de cuentas, contribuyó á todos los demas gastos hasta su conclusion que se verificó en 8 de Abril de 1779.»

La cria de ganado vacuno, lanar, cabrío, de cerda y caballar, es de importancia en las haciendas y contornos de la poblacion.

Entre los animales salvajes se cuentan los leopardos, gato-monteses, lobos, coyotes, venados, liebres y conejos; encuéntranse además tuzas, conchuelas, pachones, ardillas, tejones y tlacoachis, animales que notablemente perjudican los sembrados.

Las principales aves que habitan estos lugares son: cuervos, quebrantahuesos, tórtolas, gavi-lanes, águilas, tordos, golondrinas, gorriones y calandrias.

Entre los reptiles se enumeran las víboras de cascabel, hocico de puerco, coralillo, culebras y alicantes, las tres primeras muy venenosas, pues su mordedura causa la muerte á quien con brevedad no es atendido; lagartijas, escorpiones venenosos, camaleones y sapos.

INSECTOS.—Tarántulas y arañas venenosas,

principalmente la llamada capulina, avispa, zacaton, abejas, mariposas, chapulines, moscones, cochinillas y hormigas.

Se hallan sujetas á la municipalidad de Tula las siguientes poblaciones, ascendiendo en toda ella la poblacion á 5,083 habitantes que hablan el castellano y el otomí, dominando este último.

LOCALIDADES.	Su clasificacion.	Distancias de la poblacion.	Número de habita.	IDIOMAS.
Tula.	Villa.		772	Castellano.
San Antonio Tula.	Hacien.	2½ leguas O.	287	Idem.
San Miguel de las Piedras.	Pueblo.	2 " "	160	Otomí.
Xochitlan.	—	2 " "	187	Idem.
San Andrés.	—	1 " "	161	Idem.
El Huerto.	Barrio.	800 vrs.	366	Idem.
Sacamilpa.	Pueblo.	2½ leguas. E.	290	Idem.
Bomintza.	—	2 " "	335	Idem.
El Llano.	Barrio.	1 " "	361	Idem.
San Lucas.	Pueblo.	2½ " S.	71	Idem.
Santa María Ilucan	—	2 " "	200	Idem.
San Miguel Unido.	—	1½ " "	219	Idem.
San Márcos.	—	1 " "	526	Castellano.
Molino de Jazo.	Hacien.	1½ " "		
San Lorenzo.	Pueblo.	800 vrs.	221	Cast. y otomí.
Santa Ana.	—	2½ leguas N.	181	Otomí.
Michimaloya.	—	2½ " "	412	Idem.
San Francisco.	—	1 " "	200	Idem.
Bojay.	Hacien.	1 " "	37	Idem.
Dengui.	—	2 " S.	97	Idem.
			5.083	

Todo lo que antecede da á conocer geográfica y estadísticamente á la poblacion moderna de Tula; trataremos en seguida de la antigua Tollan.

*
* *

La historia antigua de México, tan interesante por sus fastos, tan bella por sus tradiciones y tan poética por sus episodios, ya se la considere relacionada á las demas naciones de la tierra, ya como perteneciente á la de un pueblo autónoma, es de suma importancia, y bien, merece, por tanto, el distinguido lugar que la Sociedad mexicana de Geografía le ha fijado en sus anales.

Infructuosas han sido hasta hoy las investigaciones de los sabios que se han ocupado en la interesantísima cuestion de la procedencia de las razas que poblaron la rica y vasta extension del Anáhuac. Tratando unos de asimilar las antiguas tradiciones de aquellos pueblos al sagrado texto de la Biblia, y empeñándose otros en deducir ese origen de analogias más ó menos probables, todos las hacen proceder del antiguo mundo, pero sin poder precisar el lugar que dió origen á la emigracion.

Question árdua y muy difícil es esta, pues con la luz de la hoguera nos sumió en la oscuridad el ciego fanatismo de un hombre. El obispo Zumárraga, al entregar á las llamas los papiros indígenas, preciosos monumentos arqueológicos, sepultó quizá toda la historia de un pueblo en el insondable abismo de la eternidad.

Desde las orillas del Gila á las del Usumacinta, encuéntranse esparcidos en nuestro territorio restos de edificios, cuya importancia, así por la construcción de estos como por las bellezas de su ornato, va en aumento del Septentrion al Mediodía. Coecillos ó Tlateles, pirámides y fortificaciones, templos y suntuosos palacios, son otros tantos monumentos que atestiguan una civilización muy avanzada, y constituyen las huellas que en su peregrinación un pueblo dejó marcadas. Esta circunstancia, muy notable por cierto y las analogías que continuamente se presentan al emprender el estudio de aquellas razas en lo poco que poseemos, corroboran la opinión que he admitido de que los primeros habitantes de México procedieron del Asia. Respeto con toda sinceridad ajenas opiniones, tanto que sería el primero en aplaudir una teoría que destruyese mi error. En las investigaciones deseo, libre de toda preocupación, la verdad histórica, y á falta de datos auténticos admito por precisión el medio de las analogías, poderoso resorte de la historia.

Solamente basando nuestras investigaciones en los caracteres geroglíficos de las rocas ó en el aspecto de los monumentos, y escudriñando la lóbrega cavidad de los sepulcros, quizá nos sea dable con el tiempo lograr la resolución de tan árduo problema.

Los toltecas, que según la historia fueron los pobladores más antiguos de esta parte del continente americano, después de los Olmecas y Xicalancas, conocieron, á juzgar por la relación de Ixtlilxochitl, la creación del mundo, el diluvio, la erección de la torre de Babel y la confusión de las lenguas. Tenían por seguro que el mundo había sido destruido tres veces, y otras tantas regenerado, llamando á cada destrucción edad ó apagamiento del Sol. La primera sobrevino por la catástrofe del diluvio, y la llamaron edad del Sol de agua; la segunda por un huracán, y la dieron por nombre edad del Sol de aire, la tercera por un terremoto, y la llamaron Sol de tierra, y esperaban, por último, la destrucción del mundo por medio del fuego.

Intentando usurpar el poder al legítimo heredero del trono tolteca, dos nobles de estirpe real, llamados Chacaltzin y Tlacanuhtzin, despertaron las ambiciones de sus adictos, y de esas disensiones políticas resultó el decreto de su destierro, que llevóse á efecto hácia el año 439 de la era cristiana, primero de su peregrinación hácia estas regiones. La relación histórica señala por punto de partida la ciudad de Tlachicatzincan en la región de Huey Tlapalan, sin precisar la situación de la ciudad, dando solo un indicio de tal región en la confluencia de los ríos Gila y Colorado. Las

hipótesis, las conjeturas, el vivísimo deseo de conocer el origen de un pueblo que nos ofrece una historia llena de interesantes detalles, son la consecuencia de aquella omisión por la absoluta falta de datos.

Aquellos caudillos seguidos de una multitud de sus adictos, y guiados por el astrólogo Hue-matzin, emprendieron su peregrinación fundando pueblos y ciudades, sin encontrar por largo tiempo el soñado lugar en que habían de poner los fundamentos de su imperio.

Después de recorrer sesenta leguas llegaron á un lugar que dieron por nombre Tlapalantongo y en donde permanecieron tres años; de Tlapalantongo pasaron á Hueyxcalan, distante unas setenta leguas del anterior, y allí permanecieron cuatro años, y así sucesivamente continuaron su peregrinación, deteniéndose en Jalisco ocho años; en Chimalhuacan, seis; en Atenco, cinco; en Tuxpan, cinco; en Quiyahuitlan Anáhuac, seis; en Zacatlan, siete; en Tutzapan, seis; en Tepetla, ocho; en Matzatepec, ocho; en Zuihcohua, ocho; en Iztacuetxucha, veintiseis; en Tolantzinco, diez y seis, y en Tollan, donde definitivamente fijaron su residencia.

Ningun lugar parecióles más conveniente para fundar la ciudad que debiera ser la capital de su nación, que el que abraza las hermosas y feraces campiñas de un valle cercado por sierras que en

nada cedían á aquellas en fertilidad. El aspecto del suelo, regado por un río caudaloso, los sedujo, poniendo fin á su peregrinación.

Durante los primeros seis años de su permanencia en Tollan levantaron templos y edificios, embelleciendo los primeros interiormente con adornos de oro y piedras preciosas, y los segundos con huertos, parques y jardines.

Establecidos ya y temerosos de ser molestados por los Chichimecas, tribu salvaje que habitaba las regiones inmediatas al Panuco y Huexotla, convinieron en dirigirse á aquel monarca en solicitud de uno de sus hijos, á fin de elegirlo rey. Esta primera resolución que produjo el deseado fin, pues juntamente con el favorable resultado obtuvieron del monarca chichimeca la promesa de que jamás serían molestados por él ni por sus descendientes, revelaba desde luego la astucia y sagacidad que caracterizó después á la nación tolteca.

Año 667. Juraron por rey al príncipe chichimeca, que desde entonces llevó el nombre de Chalchietlanetzin (piedra preciosa), y por reina á la hija de Acapichtzin, señor tolteca, la cual dieron á aquel por esposa. Con este rey empieza el catálogo de los monarcas toltecas, y á ponerse en práctica la ley de sucesión que fijaba al reinado de cada uno de aquellos el período de 52